

y yo me figuro oír a un *maitre d'hôtel* ceremonioso recitar una lista de vinos de Champagne. Lo malo es que estos bienhechores de la Humanidad, que exportan la divina alegría francesa embotellada, no parecen tener la menor noción de la ligereza y de la gracia. Como los payasos de las leyendas, que se mueren de fastidio haciendo reír, dijérase que venden toda la espuma de las viñas para no guardar sino el aburrimiento de las bodegas. Delante de las fachadas, que no son severas, sino presuntuosas, la única idea que acude al espíritu es la del precio. Esos mármoles y esas piedras deben costar muy caros; esas verjas de hierro deben representar muchos miles de francos; esos invernaderos mustios valen, sin duda, una fortuna. Pero la belleza, ¿dónde está? Cualquiera aldea de las que se alzan en la montaña de Reims, entre los viñedos seculares, tiene un encanto que aquí es desconocido. Cualquier ciudad de cinco mil habitantes, de las que saben guardar el tesoro de sus tapias y de sus torres, posee más monumentos que esta gran villa millonaria. Porque Epernay, que quiere rivalizar con Reims, no puede enorgullecerse ni de una iglesia ni de un palacio. Todo, en su seno, es nuevo. Y los habitantes lo dicen con orgullo...

Los alemanes, sin embargo, parecen admirar a Epernay, y en los días de sus triunfos, uno de los objetivos visibles de su avance consistía en apoderarse de él. ¿Será porque Wagner vivió feliz dentro de sus muros? No es probable. Más bien debe ser por la fama de sus cuevas, en las cuales se esconden millones de botellas de *champagne*. ¡Ahl! ¡Esas cuevas, esos vinos!... Desde el siglo XI, en que Párdulo de Laon escribía a sus amigos de allende el Rhin las insignes cartas sobre la excelencia del *von vin champaignois*, los germanos han tenido la obsesión de las bodegas pantagruélicas.

—¿Quiere usted visitar las de Moet y Chandon—nos pregunta nuestro *cicerone*.

## CAMPOS DE BATALLA Y CAMPOS DE RUINAS

Y abriendo los ojos con asombro, exclama:  
—¡Cuatro leguas de corredores subterráneos llenos de botellas!...

En las callejuelas industriales no son botellas lo que vemos, sino útiles para embotellar el vino. Cada tienda tiene su especialidad, y todas las especialidades están destinadas al mismo fin. Aquí se imprimen etiquetas; allá se venden corchos; dos pasos más adelante, se exponen máquinas para poner cápsulas; en seguida, se ven minúsculos bozales de alambre...

Estamos, decididamente, en Champañópolis...

Al llegar al Hotel de Europa, donde el teniente Jean Decrais, antiguo secretario de Embajada, nos espera para almorzar, lo primero que encontramos en la mesa son las indispensables botellas de *champagne*: una ante cada cubierto, y luego otras en un bufete vecino, esperando sus turnos. En vano el capitán Valotte ha dicho que no debíamos beber el sagrado vino sino después de la victoria final. Por estas tierras, las copas espumantes son de rigor. Un funcionario de la Policía local, que hace una encuesta sobre las atrocidades alemanas, toma asiento a nuestra mesa, y nos relata, con sequedad de notario, consultando las notas escritas en un cuaderno, los detalles de los cinco o seis días que las tropas enemigas pasaron en Epernay.

—El 4 de septiembre—dice—, el general von Platenberg, jefe de la Guardia imperial, entra en la ciudad, y después de alojar a sus oficiales en las casas vacías, llama al alcalde, M. Maurice Pol Roger, y lo amenaza, no con fusilarlo, sino con ahorcarlo en un farol, por haber cortado el gas y el agua. Sin dejarse intimidar, el alcalde habla por teléfono con el director de aquellos servicios, el cual le responde que todo sigue funcionando normalmente, y que, sin duda, se trata de las casas en que los propietarios mismos han cerrado los contadores. En efecto, una vez los contadores abiertos,

el general tiene electricidad, agua y gas. No por eso se calma. Un incendio ha estallado en un suburbio, y von Platenberg dice a M. Pol Roger que si se ve otra llama lo hará ahorcar. El 5 las requisas de víveres comienzan, y como no las encuentra a su gusto el comandante de la plaza, impone una multa de ciento cincuenta mil marcos en oro al Municipio. Por la tarde, un soldado alemán llega herido al cuartel. El 6, al enterarse de la herida del soldado, que no puede explicar ni dónde ni quién lo atacó, el general grita que no sólo va a fusilar al alcalde, sino a los notables a quienes ha hecho arrestar como rehenes. El 7 llega un hijo del Emperador y se aloja en casa de M. Aulian Moet. Los oficiales van a visitarlo, y todos juntos bajan a las bodegas famosas del gran cosechero. En pocos días consumen dos mil botellas de *champagne*. El 8 el alcalde se presenta ante el general, que lo ha hecho llamar con objeto de acusarlo de haber arrancado una bandera alemana que había sido puesta en la estación del ferrocarril. Tercera amenaza de muerte. El hijo del Káiser, que está presente, interviene y dice que es necesario imponer una nueva multa al Municipio. Un capitán prusiano, que acaba de hacer una visita a la estación, entra y declara que nunca ha habido bandera alemana arrancada. El general, lejos de calmarse, sigue gritando y despide a M. Pol Roger como a un criado. El 9 se reciben malas noticias del ejército alemán. Los oficiales parecen preocupados y dejan de reunirse en los cafés. El 10 el hijo del Emperador desaparece. El desfile de automóviles es continuo. Los alemanes, derrotados en el Marne, penetran en la ciudad y se encaminan hacia el Norte. El 11 los últimos alemanes se marchan, y el teniente francés De la Londe, a la cabeza de una compañía, entra en Epernay. Un instante después, el bombardeo comienza. Los alemanes han colocado sus baterías en las alturas vecinas y tratan de destruir la

ciudad, encarnizándose contra el barrio Abelé. Matan a unos cuantos ciudadanos pacíficos e incendian una calle entera. La artillería francesa responde, y los alemanes huyen, abandonando algunos cañones.

Cuando el funcionario acaba de hablar, el *maitre d'hôtel*, que llena nuestras copas, dice:

—Aquí mismo comía el Estado Mayor...

Y alzando una botella, exclama:

—¡Lo que les gustaba esto!..

Por todas partes, los guerreros germanos han dejado la misma reputación de bebedores intrépidos. El vino espumoso, especialmente, parece ser la gran pasión de la raza. En las más humildes aldeas, apenas instalados en las *auberges*, lo primero que pedían era *champagne*.

Hojeando de nuevo su cuaderno de notas, el funcionario nos habla de las atrocidades, mejor dicho, de las barbaridades cometidas por los alemanes. Hace poco, según nos lo asegura, murió en el hospital una mujer, llamada Lheureux Lecomte, propietaria de una viña en Le Baizil. Esta mujer tuvo que alojar en su casa a un oficial de la Guardia prusiana, que se mostró, el primer día, muy fino, muy amable... Sólo que... Aquí prefiero copiar literalmente las palabras que el funcionario nos dicta:

«El día 5, por la noche, el oficial hizo entrar por fuerza en su alcoba a la hija de Mme. Lecomte, una niña de doce años, rubia y linda. Mme. Lecomte, prevenida por un criado, precipitóse hacia la habitación, y llorando de dolor y de rabia, suplicóle que dejara tranquila a la muchacha. El militar, medio desnudo, cogió su revólver y disparó contra la madre, que fué a desplomarse en el pasillo. Luego, para que no se oyeran los gritos de la niña, cerró las ventanas de la casa y volvió a su alcoba.»

Cuando el policía acaba de hablar, un silencio acongojado pesa en la estancia. Nadie se atreve a hacer el menor comentario. Visiblemente, todos piensan, con

vergüenza, con pena, con angustia, en la ola de salvajismo que parece invadir el alma de los hombres de nuestra época. Y yo recuerdo el tono con el cual, hace poco, oyéndome hablar ligeramente de mujeres violadas, uno de mis compañeros murmuró:

—Todos tenemos hijas...

Es la imagen de los seres queridos, en efecto, la que aparece ante nuestra vista nublada, al oír relatos de crueldades o de violencias.

El teniente Jean Decrais, que lo nota, trata piadosamente de distraernos, y después de llenar las copas, pregunta al comisario si la hermana Sainte Barbe está aún en el hospital.

—Esa—dice—es una santa.

—Una santa—repite el policía.

Todas las hermanas de la Caridad han sido aquí, desde que la guerra estalló, admirables de bondad, de dulzura y de sacrificio. Ni la invasión ni el bombardeo las hicieron abandonar a sus heridos. Todas soportaron los días aciagos con una sonrisa impasible. Pero, entre todas, la más digna de bendiciones es la hermana Sainte Barbe. Cerca de cuatro meses lleva a la cabecera de los lechos de dolor, y nunca un herido ha pronunciado su nombre sin verla en el acto acudir en su auxilio. ¿A qué hora duerme?... ¿A qué hora come?... Nadie lo sabe. De día y de noche, ahí se la encuentra, siempre animada, siempre bonachona, yendo del uno al otro y llevando a todas partes el consuelo de sus manos de hada y de sus ojos de madona. La bondad que sus palabras destilan es un bálsamo, con el cual los médicos cuentan para realizar milagros. En los instantes terribles, en medio de las operaciones dolorosas, ella es la única que logra poner un poco de paz en los ánimos de los que sufren.

—Si todos fueran como usted—le dijo un día un ministro republicano—, nos haríamos clericales hasta los herejes.

—En tiempos de grandes miserias, no hay herejes; no hay más que hermanos—contestóle la religiosa.

Otro día el prefecto le ofreció, en nombre del Gobierno, una medalla de oro.

—Si es de oro—exclamó la santa—, mándemela en seguida, para venderla y darles a mis pobres su producto.

Los alemanes, al apoderarse de la ciudad, quisieron hacer prisioneros a los soldados heridos que se hallaban en el hospital. Un oficial entró, revólver en mano, en la gran sala. La hermana salió a su encuentro, y muy suavemente, pero muy enérgicamente, le dijo:

—Aquí no entra nadie mientras yo esté viva.

Y no entró nadie. No entraron más que los heridos, que, amigos o enemigos, son sus *enfants*. A la cabecera de un teniente bávaro, que blasfemaba, pasó tres noches seguidas, sin dar la menor muestra de impaciencia o de fatiga.

—No había medio de calmarlo—asegura—, hasta que le hablé de sus hijos... Entonces se echó a llorar, y el diablo le salió del cuerpo...

Para exorcisar a los que rabian retorciéndose de dolor, no hay nadie como ella.

—No les propongo que vayamos a verla—nos dice Decrais—, porque sé que no le gustan las visitas ni las alabanzas.

—Ni al alcalde tampoco—agrega el policía.

En realidad, a nadie, en Epernay, parece gustarle que lo visiten... La ciudad misma dijérase que nos recibe mal. En la calle Abelé, donde, después de almorzar, examinamos las ruinas causadas por las granadas prusianas, los transeúntes apenas contestan a nuestras curiosas preguntas. La invasión, las multas, las amenazas, todo eso es el pasado. Lo único que no pasa nunca es el trabajo, el vino, las viñas. Los cañonazos que siguen oyéndose por el lado de Reims, tienen menos importan-

cia que los tapones de las botellas al saltar. Dos, tres, diez veces nos han dicho:

—Vean ustedes las cuevas de la casa Moet... Cuatro leguas de corredores subterráneos llenos de botellas...

Nosotros, sin embargo, nos empeñamos en no verlas. Más que una bodega gigantesca, nos interesa la ciudad con su silencio, con su calma, con su orgullo, con su mal gusto. Las mujeres que encontramos en las calles céntricas, tienen algo de extrañamente provinciano, y lo que es peor, de provinciano rico. Los sombreros cubiertos de pájaros, las pieles vistosas, los zapatitos con hebillas de plata, pululan. Se nota que todas estas champañesas se creen modelos de *chic* parisiense. En un café, donde penetramos Decrajs y yo solos, encontramos la «fina flor» de la galantería. Son los mismos sombreros y las mismas pieles. Los dueños de las grandes marcas pagan bien el amor, y, a fe mía, los rostros valen la pena. Pero, ¡qué gravedad, santos cielos! Las cortesanas de la India, dentro de su carácter sagrado de ídolos, no deben ser más hieráticas que las bellas vendedoras de caricias de Champañópolis. Considerándolas atentamente, llegamos a sentir miedo de dirigirles la palabra; de tal manera se muestran altivas y como lejanas.

—En Viena — me dice el teniente — se halla uno más cerca de París.

Como no podemos irnos, a pesar de todo, sin conocer las impresiones que dejaron en el alma de estas damas los oficiales de la Guardia imperial, nos decidimos a entablar una charla respetuosa con la rubia que se halla a nuestro lado.

—¿Una copa de *champagne*, señorita?

—*Merci*...

Un *merci* sin una sonrisa, casi sin una mirada.

Después de la primera copa, una segunda, y un segundo *merci, demi sec*, lo mismo que el vino que bebemos

—¿Estaba usted aquí cuando vinieron los alemanes?

—Sí.

—¿No tuvo usted miedo?

—No.

—¿Eran amables?

—Sí.

—¿A usted, tan bonita, de seguro le hicieron la corte?

—No.

Esto último no ya no es *demi sec*, sino *extra dry*. Visiblemente, la hemos ofendido. Para suavizarla, la preguntamos si su novio es militar.

—No.

—¿Entonces será, sin duda, cosechero?

—No.

—Y entre los oficiales alemanes, ¿no los había guapos, apuestos?

—No sé... No me fijé en ellos...

Es la frase más larga que logramos arrancar a nuestra vecina.

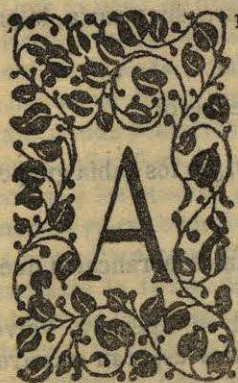
Y no teniendo ya nada que ver en Epernay, volvemos al Hotel de Europa, donde nos esperan nuestros compañeros para marcharnos.

—En otra parte—murmura Decrajs al tomar asiento en el automóvil—con el *champagne* que hemos bebido estaríamos alegres.

Es cierto. Pero en Epernay, hasta el *champagne* es triste...

## BAJO LAS BOMBAS DE REIMS

5 de diciembre.



LLÁ, en el fondo, detrás de aquella línea de árboles, vamos a verla entre la bruma...

Todos volvemos la vista hacia el sitio que nuestro guía nos señala. Todos esperamos, inquietos, la lúgubre aparición. Todos nos preguntamos si aún llegaremos a tiempo para verla... Los relatos leídos en los periódicos acuden a nuestra memoria con sus nuestros detalles de llamas y ruinas. Pierre Loti, en una especie de elegía, hablábanos ayer de la muerte de la inmensa joya de piedra. «Las obras maestras que los hombres serán incapaces de reproducir han sembrado el suelo de escombros — decía el gran poeta —; muertas, los encajes de granito, las actitudes ingenuas de los personajes extasiados, todo un ciclo de nuestra historia que palpitaba en el santuario con vida inmaterial ha sido precipitado en el abismo para no dejar sino un recuerdo.» Repitiendo, acojados, estas palabras, escrutamos el horizonte y evocamos el recuerdo de otros días de paz y de entusiasmo, en los cuales vimos en estos mismos campos surgir, aéreas y enormes, las torres. No hay en el mundo una basílica que, como la de Reims, impresione con su majestad armoniosa. Dominando la ciudad, su masa se

distingue a distancia increíble en la llanura. La gracia robusta de la antigua Francia cristiana con sus cortejos de reyes, tiene ahí su mejor relicario. Y este relicario de una raza, las barbaries de todas las épocas lo han respetado, menos la nuestra. Más que con rencor, se piensa con vergüenza en lo que hoy pasa. ¿Qué idea se formarán las generaciones futuras de un siglo que proclama con orgullo su cultura y que incendia lo mejor que el genio humano ha creado?...

A medida que avanzamos por la carretera, la bruma se hace más espesa. Ya ni los árboles cercanos se distinguen. Una penumbra gris envuelve el espacio. Según nuestros cálculos, debemos estar en las puertas de la ciudad, sin haber visto la maravillosa aparición.

—Reims—murmura nuestro capitán.

Entonces una gran angustia invade nuestra alma.

—¿Existirá aún?— preguntamos.

—Sí—contesta el que nos guía—. Es la niebla lo que nos ha impedido verla...

Entre la niebla atravesamos una amplia avenida silenciosa, y llegamos al Hotel del Norte, el único que aún está abierto, y en el cual el jefe de la gendarmería nos ha preparado el almuerzo que la ciudad mártir ofrece a los que, en nombre de Europa entera, venimos a ver su agonía.

En las copas, el vino de la tierra luce con sus reflejos de topacio. Reims no puede dejar de beber *champagne*, ni aun en sus días de luto. Los manjares son exquisitos. En una alta chimenea, las llamas crepitan alegremente. Y poco a poco, hablando de la guerra, escuchando relatos heroicos, llegamos a olvidarnos del sitio en que estamos. Un teniente que vuelve de las trincheras nos cuenta sus impresiones íntimas.

—En las filas avanzadas—dice—nuestros soldados se hallan a treinta metros de los alemanes, y, naturalmente, poco a poco llegan a fraternizar con ellos. Los día-

logos de trinchera a trinchera se establecen con frecuencia. Los nuestros, siempre bromistas, interrogan a sus adversarios sobre mil detalles curiosos. Los alemanes, por su parte, parecen siempre preocupados de cuestiones de alimentación. «¿Qué os dan de comer?», es lo primero que preguntan. Y los *pioupious* se divierten haciéndoles creer que comen gallinas, faisanes y liebres. Un día unos cuantos parisienses dirigieron una invitación en toda regla a sus vecinos para comerse un conejo que acababan de cazar. El conejo, bien asado, es tentador para el apetito teutónico. Un sargento, que lo contemplaba, dijo, al fin, tristemente: «Si no fuera por que nos fusilarían, yo iría, aun exponiéndome a caer prisionero.» Entonces los parisienses, siempre gentilmente fanfarrones, le tiraron el conejo, diciéndole: «Cómetele entero, pues aquí tenemos todos los que queremos.» Al día siguiente los alemanes de la trinchera se entregaron prisioneros, en la esperanza de los festines franceses.

El teniente comienza otra historieta que promete ser sabrosa. Pero no la termina. A veinte pasos de nuestro hotel, una bomba acaba de caer. La pólvora nos recuerda que estamos en Reims. Las sonrisas se apagan en los labios. Nuestro decano, el director del *Journal de Genève*, se pone de pie y, alzando la copa, brinda por el valiente francés, por el genio francés (1).

(1) M. Georges Vagnière, director del *Journal de Genève*, ha publicado sus impresiones en un volumen que se titula *Près de la guerre* (A. Jullien, éditeur, Genève, 1915). He aquí la página relativa a nuestro almuerzo:

«A l'hôtel du Nord, le repas est fort animé. Un officier trouve le moyen de nous faire rire aux larmes avec des histoires de tranchées. Deux heures sonnent. On apporte le café noir. A ce moment un bruit terrible ébranle toute la maison et nous fait sauter sur nos chaises. Un obus vient d'éclater dans la rue de Châtivesle, rue transversale qui débouche dans la place Drouet à deux pas de l'hôtel. Notre chauffeur vient nous raconter qu'il a vu s'écrouler tout un mur. «Ça y est, dit l'hôtesse; ils commencent toujours ces heures-ci.» Et tranquillement, de la même voix, elle nous demande si nous voulons des liqueurs. Une seconde explosion, puis une troisième, deux minutes d'intervalle, font trembler les vitres et la vaisselle. Un officier de gendarmerie entre dans la salle, apportant un petit éclat d'obus qui est tombé dans sa voiture. Nous nous levons pour aller voir la cathédrale, et vos risques et périls», nous dit l'officier qui nous accompagne.»]

—Ese obús alemán que cae en esta ciudad sagrada —exclama— nos recuerda nuestro deber... De lejos, no queríamos creer que un gran pueblo pudiera encarnizarse así, inútilmente, contra una población que en vez de fortalezas tiene santuarios de arte... Ahora, los alemanes mismos se encargan de demostrarnos que la barbarie no es una palabra vana... Nosotros, fieles historiadores...

Otra bomba que estalla bajo nuestra ventana interrumpe el brindis. Uno de nuestros oficiales entra en el comedor trayendo un fragmento de granada que acaba de caer a sus pies. La dueña del hotel, una dama enlutada, acude, pálida, para rogarnos que nos refugiemos en una sala interior. Sims, el periodista americano, propone, al contrario, que salgamos a la calle para visitar la ciudad bajo el fuego de los cañones enemigos. Uno solo protesta: el sueco. Los demás dejamos las copas a medio vaciar y emprendemos nuestra trágica peregrinación hacia la catedral. La bruma se ha disipado, y el espectáculo comienza a aparecer ante nuestra vista en toda su horrible grandeza. Un grupo de chiquillos nos sigue, mostrándonos las casas destruidas y enseñándonos los pedazos de estatuas que acaban de recoger. El coronel de la gendarmería se inquieta por el peligro que corremos.

—Hay que acercarse a las paredes—dice, oyendo una explosión en una plaza vecina—. Yo no respondo de ustedes...

Nadie le hace caso. Nuestro capitán es el primero en ir por en medio del arroyo, sin prisa. Ante cada edificio destruido se detiene, y nos da las explicaciones que le pedimos. En todos los barrios los cuadros siniestros abundan. La lluvia de fuego no respeta ni las ricas joyas artísticas ni las miserables viviendas. Es la igualdad en el crimen. He aquí, en la Plaza Real, una casa de tres pisos completamente destruida; he aquí la calle del Cloi-

tre con sus viejos muros calcinados; he aquí la calle Saint-Jacques convertida en un campo de escombros; he aquí la rue de la Grue, una de las más antiguas, de las más pintorescas, obstruída por las tapias hundidas; he ahí la rue de l'Isle, aún humeante; he aquí la admirable casa de las Lanas, de la que sólo quedan algunas torrecillas ennegrecidas por las llamas; he aquí el Monte de Piedad, sin techo, sin puertas, con sus muros que se inclinan; he aquí la Cour Morceau, ayer aún intacta, hoy informe entre sus escombros; he aquí todo un barrio, el Faubourg Cerés, del cual sólo unos cuantos murallones subsisten... En realidad, no hay un rincón que no haya sufrido. De los monumentos célebres, sólo la Puerta de Marte yergue aún en medio de la Plaza de la República sus nobles arcadas. En Saint-Remi, la joya románica de Champaña, dos granadas han deteriorado el atrio y el ábside. En cuanto a la catedral...

—Ahí está—exclama nuestro guía.

¡Ah, impresión inolvidable! A doscientos metros, la maravillosa masa arquitectónica álzase ante nosotros, intacta en su conjunto. Sus torres están siempre ahí, coronando el triple pórtico de la fachada. Nada falta: ni los nichos poblados de santos, ni las cresterías de encaje, ni las cruces de los ángulos. Siempre bella, más bella aún que antes, como las mujeres hermosas que han sufrido, parece absolutamente desdeñosa de las injurias del fuego.

—¡Qué cosa tan triste!—murmura alguien, pensando en sus vidrieras destruídas y en sus esculturas rotas.

Pero yo siento, por el contrario, una alegría inmensa al contemplar la grandiosa silueta de piedra. ¡Nos habían hecho tales descripciones de la catástrofe! Leyendo los primeros telegramas relativos al incendio, llegamos a creer que era el templo mismo el que ya no existía. «No queda sino un espectro, que se hundirá en breve», ase-

guraron los periódicos. En realidad, toda la formidable joya está aquí, alta, más alta que nunca, más firme y más aérea que nunca, más sagrada que nunca. Las llamas han ennegrecido sus torres y sus ojivas. No importa. Las figuras que oran en los encajes cincelados de sus muros han sido decapitadas y mutiladas cruelmente. No importa. Las divinas vidrieras, que inundaban sus naves de luces ardientes y hacían vivir sus ritos en el corazón de un rubí, han desaparecido entre las llamas. No importa. Sin adornos y como desnudo, el santuario es siempre el mismo, porque conserva su grande alma de piedra.

Mientras nosotros contemplamos la catedral, las bombas siguen llevando a cabo su obra cruel y absurda. ¿Qué pueden proponerse esos singulares artilleros al encarnizarse así contra una ciudad en la cual no hay sino mujeres y niños y santos de piedra y fantasmas de reyes?... Las tropas francesas se hallan en el campo, muy lejos. Los cañones que un general alemán aseguraba haber descubierto en las inmediaciones del templo reímés, no han existido nunca. Las granadas lueven, no obstante. De minuto en minuto, el lúgubre silbido rasga el aire y la explosión interrumpe el silencio. Los chiquillos, acostumbrados al espectáculo, se divierten en seguir el vuelo de los proyectiles, calculando el lugar en que han de caer. Ahora es la estación del ferrocarril la que parece servir de blanco. El Hotel Continental acaba de derrumbarse, según nos dice un agente de Policía que corre en busca de camillas. Algunos pasos más adelante, otro guardia anuncia que un hospital está ardiendo, y que es imposible salvar a los heridos de las llamas. Hay en todos los rostros una grave y resignada pena. Viviendo casi por milagro, los habitantes esperan el día supremo. El tiro cambia con frecuencia. Las explosiones se alejan, se acercan, se hacen más raras; luego se precipitan una tras otras; luego cesan para recomenzar más

tarde. Sólo de las doce a las dos y de las siete a las nueve, la calma es segura. Los guerreros germánicos no olvidan nunca las horas del almuerzo y de la cena. Hay que alimentarse bien para matar bien. Digiriendo las sabrosas salchichas, se divierten, en estos instantes, en su juego infernal y pueril. Después del ferrocarril es otra vez la catedral la que parece atraer el rayo. Una bomba ha caído cerca...; otra, más cerca... ¡Qué terrible es el ruido del acero al estallar!...

—Alejémonos—grita el coronel de gendarmería.

Al mismo tiempo, aquí, ante nuestra vista, a treinta pasos de la estatua de Juana de Arco que contemplamos, un choque seco se produce. El café que se halla frente al atrio acaba de recibir su *marmitre*. Y tras la explosión, un crujido siniestro se oyó... Las puertas saltan, el techo se desploma, la acera se llena de escombros... Luego, un silencio... Luego, un quejido, un lúgubre quejido que nos hiela... Uno de nosotros, el doctor Bjerne Eide, penetra en el café, lleno de humo, y trata de auxiliar a los heridos, que no son sino dos, afortunadamente. Algo más tarde, cuando los parroquianos acuden a leer sus periódicos, los alemanes habrían podido hacer una hecatombe de ancianos, de esas que tanto parece gustarles. La cara del camarero que nuestro colega venda es una llaga ennegrecida. No se ven ni los ojos ni la boca: no se ve más que una masa ensangrentada, de la cual sale, lento y doliente, algo que no es un sollozo, sino una melopea, un murmullo rítmico, un canto que va apagándose poco a poco, poco a poco... El otro herido yace en un ángulo sin conocimiento, y si no fuese por un ligero temblor de sus labios, le creeríamos muerto. En la calle, los niños comentan y comparan. Lo que para nosotros es un espectáculo inaudito que nos emociona hasta el punto de hacernos enmudecer, para ellos no es sino una cosa ordinaria, casi vulgar.

—*C'est tous les jours la même chose*—exclaman.

Y levantando los ojos, tratan de ver venir los obuses silbadores y amenazadores.

—¿Por qué no os marcháis?—les preguntamos.

La respuesta es siempre la misma: una respuesta resignada y desesperada a la vez; la respuesta del pobre acostumbrado a ser de todos modos víctima. Porque de los ciento y tantos mil habitantes de Reims, los únicos que quedan son los desheredados de la fortuna. Los demás, los dueños de los palacios del bulevar de Waterloo, los grandes cosecheros de champaña, los propietarios de las fábricas cuyas chimeneas se alzan en las inmediaciones, están en Burdeos o en París. Los que no tienen dinero, los infelices viejos y los infelices niños, ¿adónde han de irse y con qué han de irse? Aquí, por lo menos, cuando la casita de uno se hunde, la de otro le da abrigo. Bajo las bombas, una tierna solidaridad une a los seres humanos.

—Morir aquí de un obús a morirnos de hambre en otro sitio, lo mismo es—parecen pensar los ancianos.

En cuanto a los niños, no piensan en morir, sino en divertirse con el juego trágico de las ruinas; en correr hacia donde hay una ruina nueva para recoger los fragmentos de las bombas; en contar lo que han visto.

—Por aquí cerca—exclama un morenito vivaracho—hay una casa que acaba de hundirse.

El coronel de gendarmería, cansado de darnos consejos vanos, se decide a ordenar. Hay que volvernos al hotel. Entonces nuestro capitán, siempre amable y siempre frío, nos recuerda que la hostelera nos ha prometido referirnos los hechos de que ha sido testigo desde hace tres meses.

Y abandonando la catedral, que se queda ahí, divinamente impasible en su grandeza inviolable, abandonando al herido que gime, abandonando la plaza en cuyo centro Juana de Arco cabalga su corcel de acero, abandonando a los chicos que siguen buscando pedazos de



obús, regresamos por el camino más corto, silenciosos, agobiados... Por encima de nuestras cabezas, los proyectiles pasan, haciendo su lúgubre ruido...

Entramos de nuevo en el hotel, y poco después el bombardeo se calma. Cada diez minutos una granada estalla; pero ya no en el centro, sino en los lejanos barrios populares. Las salvas, según parece, eran tiradas en nuestro honor, no, como lo creen algunos de mis compañeros, con objeto de destruir periodistas inofensivos, sino a causa del movimiento inusitado de nuestros automóviles. Los alemanes lo ven todo, lo oyen todo. Las inmediaciones están llenas de espías que cuentan los carros que entran, los hombres que salen, las casas que se hunden, los infelices que mueren.

En cuanto un grupo de obreros trata de subir a la catedral para reparar el techo incendiado, un obús los obliga a dispersarse.

—No quieren dejarnos salvar el santuario de la ruina —decía, desesperado, el vicario a Pierre Loti.

En realidad, lo que las tropas enemigas no quieren, es dejarse sorprender. Obsesionados por la idea de que por Reims debe realizarse el ataque en este punto de sus líneas, todo lo que pasa en la ciudad los inquieta. Los *couvreurs* llamados por el arzobispo para cubrir las naves del templo, se les antojan observadores militares. Nada de extraño tiene, pues, que nuestros ocho automóviles, guiados por artilleros, hayan parecido una vanguardia peligrosa y que las baterías del fuerte de Brimon nos hayan honrado con saludos que no merecemos.

La hostelera mueve melancólicamente la cabeza, como reprochándonos nuestro involuntario acto provocador.

—Para tener un poco de calma —murmura— habría que encerrarnos en nuestras casas y no hacer ningún movimiento... Cuando la ciudad está quieta, el enemigo se contenta con lanzarnos una docena de bombas entre el almuerzo y la cena. Pero en seguida que hay algo de

extraordinario nos pasa lo mismo que hoy... No sé cómo estamos todavía vivos... ¡Desde hace tres meses que esto dura!... Yo, si mi marido no se hallara en la guerra, ya habría cerrado el hotel y me habría marchado; pero puesto que él se expone, yo también quiero exponerme...

Los dos camareros que nos sirven, un anciano y un niño, contemplan el alma heroica con respeto y espanto. Ellos también querrían marcharse sin duda, y si se quedan, arriesgando sus pobres vidas, es por no abandonarla. El anciano, interrogado por uno de nosotros, murmura:

—Es una locura estar aquí...

El niño calla y sonríe.

—Hace tres meses —prosigue la hostelera—, el 2 de septiembre, cuando ni siquiera sabíamos que los alemanes estaban tan cerca, el alcalde hizo publicar un cartel anunciando que la ciudad se hallaba en peligro de ser atacada, y aconsejándonos a todos que depositáramos las armas que había en nuestras casas en el Ayuntamiento. La agitación de aquella tarde fué inmensa. La gente rica se marchaba, los pobres hacían provisiones, las tropas de la guarnición se retiraban hacia el camino de Epernay... Los que nos quedamos temíamos un sitio, un ataque, todo, en fin, menos lo que vimos al día siguiente y al subsiguiente. El 3 en la tarde, en efecto, un destacamento de oficiales prusianos ocupó el Palacio municipal y obligó al alcalde, un viejo muy enérgico y muy frío, a pasar la noche encerrado con ellos. En las calles, la población, consternada, no acertaba a darse cuenta de lo que sucedía. ¿Cómo habían entrado así los enemigos?... Los detalles de las batallas nadie los conocía. Nadie sabía a punto fijo lo que era la retirada de nuestras tropas... Algunos hablaban del sitio de París, de la toma de París, de la captura del Presidente de la República... Los hombres lloraban de rabia... Las mujeres que habían visto la guerra del año 70 contaban histo-